

Puebla le designó también para sucesor del Sr. Becerra, obispo de aquella diócesis. El Sr. Labastida se distinguió tanto de eclesiástico por sus virtudes, como de estudiante por sus talentos.

Fué preconizado obispo de Puebla en el consistorio celebrado el 23 de Marzo de 1855. Recibió sus bulas el 12 de Mayo del mismo año, prestó su juramento ante las autoridades políticas y fué consagrado en la catedral de Puebla el 8 de Julio siguiente.

Entró al gobierno de la Diócesis, dedicándose con celo á reformar las constituciones del Seminario y á establecer el Colegio de los Gozos de las Hermanas del Corazón de Jesus, fervorosas propagandistas de la instrucción de las jóvenes. Dos meses despues de su consagración, hizo su visita pastoral al Territorio de Tlaxcala, en donde eran necesarios sus auxilios espirituales; visita que fué interrumpida por los acontecimientos políticos que dieron lugar al desafuero eclesiástico.

Aquí comienza, dice uno de sus biógrafos, el período histórico en que el Sr. Labastida se vió obligado por su ministerio pastoral, á contrariar con las armas de la Iglesia, al poder civil. Las exposiciones que dirigió al gobierno sobre la indicada ley, así como todos sus actos episcopales, se registran en las publicaciones de la época. No seremos nosotros, en verdad, los que pretendamos juzgar la conducta del obispo de Puebla, viviendo éste y siendo como es esa materia, ocasionada á errores y á provocar discusiones sin objeto ó fin práctico en nuestros días. Toca á la historia, imparcial y justiciera, tarea de suyo tan espinosa y difícil; á ella reservamos este punto, porque como dijo el sabio Dr. Sierra, refiriéndose á un mexicano ilustre: "La generación presente no puede juzgar con imparcialidad sobre el carácter y vida pública de este personaje, cuyo nombre está enlazado con las grandes épocas del pueblo. Su carrera distinguida le ha proporcionado un lugar eminente en los fastos nacionales, grangeándole una reputación semi-europea. Esto ha debido traerle admiradores y enemigos." En aquellas aciagas circunstancias, en aquella época de prueba para un pastor, el de Puebla hizo cuanto creyó su deber. Refiriéndose á estos sucesos, dice un escritor: "El Ilustrísimo Sr. Labastida sufrió dentro de la capital de su diócesis todos los furoros de la guerra, y principalmente los asedios de 1856 dando relevantes pruebas de su caridad y celo pastoral en los diez meses que permaneció en Puebla: entonces conocieron bastante sus ovejas las eminentes cualidades de su prelado: integridad de cos-

évêque de ce diocèse. Mr. Labastida s'est distingué par ses vertus comme ecclésiastique, de la même manière qu'il s'était distingué par son talent en qualité d'étudiant. Préconisé évêque de Puebla dans le consistoire tenu le 23 Mars 1855, il reçut la bulle de 12 Mai, prêta serment devant les autorités politiques, et fut consacré dans la cathédrale de Puebla le 8 Juillet suivant.

A la tête de son diocèse, il s'appliqua avec zèle à réformer la constitution du Séminaire et institua le Collège des Sœurs du Cœur de Jésus, ferventes propagatrices de l'instruction des jeunes filles. Deux mois après sa consécration, il fit une tournée pastorale à Tlaxcala, où le besoin de secours spirituels se faisait sentir. Cette visite fut interrompue par les événements politiques qui mirent hors la loi le pouvoir ecclésiastique.

Ici commence, dit un de ses biographes, la période historique dans laquelle M. Labastida se vit obligé par son ministère pastoral, à contrariar par les armes de l'Eglise le pouvoir civil. Les observations qu'il adressa au Gouvernement au sujet de la loi mentionnée, ainsi que tous ses actes épiscopaux figurent dans les publications de l'époque. Ce n'est pas nous, en vérité, qui avons la prétention de juger la conduite de l'évêque de Puebla, tandis qu'il vit encore, et ce sujet se prêtant à des erreurs et à des discussions sans but pratique de nos jours. Cette tâche appartient à l'histoire, impartiale et justicière, tâche essentiellement épineuse et difficile; nous lui laissons ce point, parce que, ainsi que le dit le savant Dr. Sierra, parlant d'un mexicain illustre: "La génération présente ne peut juger impartialement le caractère et la vie publique de ce personnage, dont le nom est mêlé aux grandes époques du peuple. Sa noble carrière lui a donné une place éminente dans les fastes de la Nation, en lui attirant une réputation semi-européenne. Cela a dû lui créer des admirateurs et des ennemis."

Dans ces circonstances funestes, à cette époque d'épreuve pour un pasteur, l'évêque de Puebla fit tout ce qu'il croyait de son devoir de faire. Faisant allusion à ces événements, un écrivain dit: "Sa Grandeur Mgr. Labastida souffrit dans la capitale de son diocèse toutes les fureurs de la guerre, et principalement les sièges de 1856, donnant de hautes preuves de sa charité et de son zèle pastoral, pendant les dix mois qu'il demeura à Puebla: ses ouailles connu-

San Luis Potosi. The ecclesiastical chapter of Puebla also designated him as the successor of Mr. Becerra, bishop of that diocese. Mr. Labastida distinguished himself in his ecclesiastical career by his virtues, as he had done while a student, for his talent.

He was preconized as bishop of Puebla at the consistory held on the 23rd of March 1855. He received the Pope's bull on the 12th of May of that same year; and took the oath before the political authorities and was consecrated at the Cathedral of Puebla on the 8th of the following July.

He began to govern his diocese and gave himself up with great zeal to improve the regulations of the Seminary and establish the College of "Los Gozos" of the Sisters of the Sacred Heart of Jesus, who were very enthusiastic in the advancement of the education for the poor. Two months after his consecration he made his pastoral visit to the Territory of Tlaxcala, where his spiritual advice had become necessary. This visit was interrupted by the political events that gave rise to the law for the disfranchisement of the clergy.

Here begins, says one of his biographers, the historic period when Mr. Labastida saw himself obliged to oppose the civil authority with the power of the Church. The communications that he addressed to the government with reference to said law, as well as his episcopal acts, are recorded in the papers published at that time. We shall not be of those who pretend to judge the conduct of the bishop of Puebla, while he is yet alive; this is a matter which may lead to errors and to provoke discussions without any practical result in these days. To history with its justice and impartiality, devolves this arduous and difficult task; it is to her that we refer this matter, because, as the learned Dr. Sierra said referring to an illustrious Mexican: "The present generation cannot judge impartially the character and public life of this person, whose name is connected with the grand epochs of the nation. His distinguished career has entitled him to a prominent place in the annals of his country, and has given him a semi-European reputation. This must have made for him both admirers and enemies." In those terrible circumstances, which were a test for the virtues of a priest, the bishop of Puebla did all that his duty dictated him. A writer referring to said events says: "The eminent Mr. Labastida endured within the capital of his diocese all the terrors of war, and principally the sieges of 1856, giving indispu-

tumbres, rectitud y sensibilidad de corazón, justicia en los planes, prudencia en la ejecución, asiduidad en el trabajo y vigilancia paternal: tuvieron conocimiento de su valor en los peligros, de su abnegación, de su paciencia, de su fortaleza, de su generosidad en medio de las persecuciones."

El mismo biógrafo Sr. Francisco Sosa, de quien tomamos estos datos, agrega, refiriéndose á la separación del Arzobispo, de la causa imperialista: "Este hecho, que algún día será comentado por algún historiador que no se halle dominado por pasiones políticas de ningún género, y comprobado suficientemente por documentos irrecusables, probará á la posteridad que si el Sr. Labastida cometió un error al prestar sus importantes servicios á la intervención, no merece sin embargo, que se le atribuya la fea nota de enemigo de la Patria."

Nosotros á nuestra vez dejamos á la historia que comente á su sabor la conducta de ese personaje, en la época á que se alude, porque en este libro no tenemos opiniones políticas, y sólo presentamos en él á las personas que se han elevado por cualquiera circunstancia, reputándose como las mas distinguidas, entre las que indudablemente ocupan uno de los primeros lugares, no sólo por su posición, sino por su saber y por su sagacidad, el Arzobispo de México.

Dicho esto, proseguimos:

En el aniversario de la recepción de sus bulas, salió de la República arrojado por el tempestuoso huracán de la política. Saltó á tierra en la Habana donde permaneció desde el 15 de Junio hasta que la Santa Sede le permitió pasar á Roma, donde fijó su residencia. Visitó durante el verano la Palestina, Egipto, la Judea y varias de las ciudades principales de Europa, lo que agregado á sus estadios le hace notable como erudito.

Regresó á su patria el 12 de Octubre de 1863, ya con el carácter de Arzobispo de México, á cuya dignidad fué elevado el 19 de Marzo anterior.

Su alto mérito le grangeó consideraciones que lo hicieron figurar en la política algún tiempo, á la cabeza, se puede decir, como jefe principal del partido monarquista que quiso restablecer el imperio mexicano; pero cuando adquirió la convicción de que se pretendía imponer á México una autoridad estraña, según expresa uno de sus biógrafos, se negó resueltamente á prestar su cooperación, protestando contra aquella violencia. Las amenazas y las intrigas no lograron hacerlo consentir en aquella humillación; y se separó del puesto que tenía en

rent alors les éminentes qualités de leur prélat: intégrité de mœurs, droiture et sensibilité de cœur, justice dans les desseins, prudence dans l'exécution, assiduité au travail et vigilance paternelle; ils connurent son courage dans le danger, son abnégation, sa patience, sa force d'âme, sa générosité au milieu des persécutions."

Le même biographe, M. Francisco Sosa, à qui nous empruntons ces données, ajoute, faisant allusion à la Régence de l'Archevêque pendant l'Empire: "Ce fait, qui sera un jour commenté par quelque historien qui ne sera pas dominé par des passions politiques d'aucune espèce, et suffisamment démontré par des documents irrécusables, prouvera à la postérité que si M. Labastida commit un erreur en prêtant ses importants services à l'intervention, il ne mérite pas, cependant qu'on lui inflige la note ignominieuse d'ennemi de la Patrie."

A notre tour nous laissons à l'histoire le soin de commenter à son aise la conduite de ce personnage à l'époque dont il est question, car dans ce livre nous n'avons pas d'opinions politiques; nous nous bornons à présenter les personnages qui se sont distingués pour un motif quelconque, et parmi lesquels l'Archevêque de Mexico figure indubitablement au premier rang, non seulement par sa haute position, mais aussi par son savoir et son discernement.

Ceci dit, poursuivons:

Un an après sa consécration, l'ouragan politique l'obligea à quitter le pays. Il débarqua à la Havane et y resta jusqu'au moment où le Saint Siège l'autorisa à se rendre à Rome, où il se fixa. De là il eut l'occasion de visiter diverses villes principales d'Europe, ainsi que la Palestine, l'Egypte et la Judée. Dans ses voyages il a élargi encore la sphère de ses connaissances.

Mgr. Labastida revint dans son pays le 12 Octobre 1863, en qualité d'Archevêque de Mexico, dignité à laquelle il avait été élevé le 19 Mars précédent. Ses hautes qualités lui valurent des considérations qui le portèrent à figurer dans la politique pendant quelque temps. Mais lorsqu'il acquit la conviction qu'on prétendait imposer au Mexique une autorité étrangère, il refusa résolument son concours, en protestant contre une telle violence. Les menaces ni les intrigues ne purent le faire consentir à cette humiliation, et plutôt que de faillir à ses sentiments patriotiques, il résigna le poste

table proofs of his charity and pastoral zeal during the ten months he remained in Puebla; then his parishoners became thoroughly acquainted with the virtues of this prelate: of his good habits, his rectitude and kindness of heart, the justice of his projects and the prudence he showed in their execution, his love of work and his pastoral vigilance; they further saw his bravery in danger, his self denial, his patience, his firmness, his generosity in the midst of persecutions."

The same biographer Mr. Francisco Sosa, from whom we have made this quotation, says with reference to the regency of the Archbishop: "This event which some time hereafter will be commented upon by some impartial historian, and backed by irrefutable documents, will prove to posterity that if Mr. Labastida committed an error by giving his important services to the cause of the Intervention, he does not deserve, nevertheless, the imputation of having been an enemy to his country."

We also leave history to pass upon the conduct of this personage during the period to which we refer, because this book has nothing to do with political opinions, and we merely present those who through some circumstances have become eminent and most distinguished, among whom the Archbishop of Mexico undoubtedly occupies one of the first places, not only for his position, but for his knowledge and sagacity.

With this digression we proceed:

At the anniversary of the reception of his bull, he left the Republic driven away by the political tempest of the day. He embarked at Havanna, where he remained till June 5th, when the Holy See permitted him to depart for Rome, and there he fixed his residence. During that summer he visited Palestine, Egypt, India and several of the European cities. The knowledge he acquired during his travels greatly added to his well earned reputation.

He returned to his country on the 12th of October 1863 with the title of Archbishop of Mexico, to which dignity he had been raised on the 19th of the preceding March.

His deserts made him acquire the esteem of all and to play a part in the politics of those days; but when he became convinced that it was intended to impose on Mexico a foreign ruler, he very resolutely refused his cooperation to such project, and protested energetically against its execution. Threats and intrigues did not make him consent to that humiliating act, and he resigned the office which he held in the administration, rather than forego his pa-

el gobierno, antes que abandonar sus sentimientos patrióticos.

Libre ya del cargo civil el Sr. Labastida salió a la visita de su Diócesis el 27 de Setiembre de 1865, y la continuó el 8 de Enero por la Tierra Caliente, y en las parroquias del valle de Toluca, manifestándose apóstol infatigable.

Invitado por el Pontífice reinante para asistir al centenario de San Pedro y a la canonización de algunos Santos, se dirigió a la capital del orbe católico el 5 de Febrero de 1867, y concurrió al Concilio del Vaticano, formando parte de la comisión encargada de la disciplina, cuyo trabajo no vio la luz pública por la interrupción del Concilio.

El Sr. Labastida volvió a su patria y arzobispado en Marzo de 1871, llegando el 19 del mismo mes y año a esta capital, para continuar sus trabajos episcopales. Terminó felizmente su visita el 10 de Febrero de 1878.

El fallecimiento del Sr. Pio IX le obligó a volver a la capital para hacer los honores que se debían al Pontífice. En esa solemnidad pronunció una notable oración fúnebre cuyo mérito es muy conocido por la elocuencia y la propiedad de sus conceptos.

En los últimos años nada encontramos que merezca especial mención en su vida, si no es la prudencia con que dirige su gobierno, su tacto con las autoridades civiles y el celo con que cumple los deberes de su alto ministerio.

El Sr. Labastida, disfruta mercedamente del respeto y estimación que se debe al hombre sabio y prudente, y al eclesiástico virtuoso.

qu'il occupait dans le Gouvernement. Voilà la vérité historique.

Libre désormais de ses fonctions civiles il s'adonna exclusivement à sa tâche épiscopale, et, apôtre infatigable, parcourut pendant plusieurs mois les diverses villes de son diocèse.

Invité par le Souverain Pontife à assister au Centenaire de St. Pierre et à la canonisation de quelques saints, il partit le 5 Février 1867 pour la capitale du monde catholique. Il assista au Concile du Vatican, et fit partie de la Commission de Discipline, dont les travaux ne furent pas publiés par suite de l'interruption du Concile.

De retour à Mexico en Mars 1871, Mgr. Labastida reprit le cours de ses visites pastorales qu'il termina heureusement le 10 Février 1878.

La mort de Pie IX l'obligea à rentrer à Mexico pour présider aux honneurs dus à la mémoire du Souverain Pontife. Dans cette solennité, Mgr. Labastida prononça une oraison funèbre d'une éloquence et d'une profondeur de vues restées célèbres.

Dans ces dernières années nous ne trouvons rien dans sa vie qui mérite d'être mentionné, si ce n'est la sagesse avec laquelle il dirige son gouvernement ecclésiastique, son tact vis à vis des autorités civiles et le zèle avec lequel il remplit les devoirs de son haut ministère.

Malgré sa participation aux affaires publiques, Mgr. Labastida a constamment joui, et à juste titre, du respect et de l'estime dus au sage, au savant et au prêtre vertueux.

triotic opinion on the subject. The foregoing is historically correct.

Being relieved of his civil office, he went out to make a visit to his diocese on the 27th of September 1865 and continued it on the 8th of January to the parishes of the Toluca valley, and every where was indefatigable in the fulfillment of his duties.

Being invited by the ruling Pontiff to be present at the centenary of Saint Peter and to the canonization of some saints, he left for the capital of the Catholic world on the 5th of February 1867 and took part in the Vatican Council, being a member of the Committee on discipline, whose report was not published by the interruption of the Council.

Mr. Labastida returned to his native country and archbishopric in March 1871, and arrived at this city on the 19th of the same month and year to continue his episcopal labors. He finished his visit in February 1878. The death of Pius IX obliged him to return to the capital, in order to preside at the funeral ceremonies made in honor of that Pope. In that solemn occasion he delivered a magnificent funeral oration, whose merit has been often praised for its eloquence and the deep thoughts in which it abounds. In latter years he has devoted himself to the fulfillment of his ecclesiastical duties with his customary tact and zeal.

Mr. Labastida deservedly enjoys the respect and esteem which is attributed to him as a wise and prudent man and as a virtuous prelate.

